



CAPITULO IX.

*Lo que passó a los Españoles con el Rey de Michoacan,
que intentó sacrificarles, si no se lo estorba
un Cavallero de su Consejo.*

Que ahí a dos horas, que comieron los Castellanos, se presentó el Rey, y aunque ellos le salieron a recibir, no consintiéndoles llegar a él, les dijo por el intérprete con gran severidad: ¿Quién sois? ¿De dónde venis? ¿Qué buscáis? ¿Para qué venis de tan lejos? ¿Por ventura en la tierra donde nacisteis no teneis que comer ni beber, sin que vengais a ver y conocer gentes extrañas? ¿Qué os hicieron los Mexicanos, que estando en su Ciudad los destruisteis? ¿Pensais hacer lo mismo conmigo? Pues yo, tan valiente y poderoso soy, que no lo consentiré, aunque he tenido siempre guerra con los Mexicanos y han sido grandes enemigos míos. No se holgaron nada los Castellanos con estas palabras, y con todo eso, Montaña por el intérprete dijo: Gran Señor, a quien tus Dioses prosperen y en mayores Reynos adelanten, no hay por qué te receles, que tus amigos somos, embiados por el Capitan Cortés no a otra cosa sino para que le conozcas y

le tengas por amigo, que le hallarás tal en todo lo que se ofreciere a tí ó a los tuyos, y pues en pocas palabras me has preguntado muchas cosas, a que no te podemos responder sino suplicándote nos oigas despacio, que despues que lo hayas echo no te pesará. Nosotros somos Christianos, nacidos en una tierra que llaman Castilla, venimos por mandado de un muy gran Señor, que se dice el Emperador de los Christianos, a quien nuestro Dios puso en su corazon que viniésemos a ver estas tierras nuevas no porque en la nuestra nos falte lo que hemos menester, que antes nos sobra para la vida humana. Venimos despues que tuvimos noticia de las tierras que hemos descubierto, a dos cosas principalmente: la vna a comunicarnos y teneros por amigos, dándóos de lo que nosotros tenemos y vosotros no teneis acá, recibiendo de vosotros por via de contratacion y amistad lo que en nuestra tierra no tenemos como se hace y usa en todas las tierras del mundo: y vosotros, segun hemos entendido, lo usais, lo qual es causa que los Reynos se ennoblezcan.

«Pero la segunda causa es la que mas importa y que resulta del trato y comunicacion que con vosotros deseamos tener: el desengañaros de vna gran ceguedad y error en que el Demonio os tiene metidos, haciendóos adorar Dioses falsos y quebrantar en muchas cosas la Ley Natural que a cerca de todos los hombres tanta fuerza tiene; y avnque al principio os parezca áspero por las costumbres que en vuestro error teneis, quando nos hayais comunicado se os hará fácil y sabroso; y si hicimos guerra y destruímos a los Mexicanos, fue porque nos quebrantaron muchas veces el amistad, y con traicion nos quisieron matar y por castigar las injurias y tiranias que hacian contra muchas Naciones que nos pedian socorro; y assi, avnque eran muchos y muy poderosos y puestos en Ciudad tan fuerte, no fueron parte para defenderse ni para ofendernos, porque nuestro Dios que es Vno, y solo Poderoso, peleaba contra ellos y contra sus Dioses. Y si quereis, gran Señor, saber mas claro cómo no procuramos hacer mal a nadie, infórmate de quán buenos amigos y favorecedores hemos sido de los que se nos han encomendado, y assi entenderás que queriendo

tu ser nuestro, [como lo has embiado a decir], te holgarás mucho con nuestra amistad, y no hay para que des oidos a los malos consejeros, para que hagas otra cosa de lo que debes a tu Real Persona, que nosotros en lo dicho te hemos tratado toda verdad; y si no lo crees, pues tienes intérpretes Mexicanos, pregúntalo aparte a los que con nosotros vienen, que ellos te lo dirán, avnque no son de nuestro linaje ni Nacion.

«Muy atento estuvo el Caltzontzin, resolviendo en su pecho grandes cosas porque de las que avia oido vnas le davan contento y otras le ponian temor, y reparando vn poco como pensando en alguna cosa respondió: Que se holgava de averlos oido y que reposassen, que él daria la respuesta. No mostraron punto de flaqueza por no caer de la reputacion en que estavan puestos, que era tenerlos por invencibles hijos del Sol. Tratavan entre sí lo que harian, y finalmente, como los que no podian salir a parte ninguna de noche ni de dia que no fuessen sentidos, determinaron de esperar lo que les sucediese.

«Avia mandado el Caltzontzin que mucho número de gente, disimuladamente, con armas secretas guardassen a los Castellanos en los patios del Palacio, y assi estavan sentados vnos y otros paseándose, quando ordenó a dos Señores que dijessen a los Castellanos que ni de noche ni de dia, por ninguna causa, pasassen sin licencia vna raya que les hicieron, de que mucho se alteraron, pero disimulando lo mejor que pudieron, vno de ellos, con rostro muy alegre, dijo: Decid a Su Magestad que en su Casa y Reyno estamos, que Mensageros somos, y que con voluntad de servirle venimos, y que no discreparemos un punto de lo que manda, y que si quiere que no salgamos de este aposento, lo haremos con tanta voluntad, como lo que ahora nos manda. Con esta respuesta bolvieron a su Señor, el qual, a hora de Visperas, mandó hacer grandes fiestas por toda la Ciudad, y encender en todas las torres de los templos muchos fuegos, y quemar cosas olorosas, sacrificando en ellas a sus ídolos gran cantidad de hombres, mugeres y niños, con gran estruendo y ruido de cornetas y caracoles, con continuos

bailes y danzas de noche y de día y con canciones tan tristes, que parecían del infierno.

«Estas fiestas y sacrificios se hicieron en diez y ocho días que duraron, con pensamiento de sacrificar a los Castellanos; pero como Dios quería que cesasse el sangriento Señorío del Demonio queriendo guardar aquellos Castellanos y otros que avian de ser instrumento del remedio de aquellos infieles, puso en el corazón de un gran Señor anciano, del Consejo del Rey y que gobernava sus Estados, estas palabras, que una noche, al cabo de los diez y ocho días, le dijo: Que sería bien que con todo acuerdo pensasse primero lo que intentaba, porque era cosa cruel y no digna de tan gran Rey, matar a los que ivan a visitar y conocer, sin que primero estuviesse muy cierto si ivan con buen ánimo ó con malo, y que mirasse que aquellos hombres y los que tenia su Capitan eran muy valientes, pues siendo tan pocos avian sujetado a vna Ciudad tan poderosa como México, y que su Dios [que decían] no era mas que Vno, devia de ser Omnipotente, pues que los Dioses Mexicanos y aquel gran Dios llamado Huitzilopochtli, que con tanta reverencia adoravan, no avia bastado a defenderla, y que creía que aquellos Christianos eran hijos del Sol, pues tan victoriosos avian quedado de sus enemigos, y que pues siempre avia seguido su consejo le rogava que se detuviese, pues en ello no avia inconveniente, y que podría mejor considerar que era bien tener por amigos aquellos de quienes le podía resultar mucha ayuda y mucha ofensa.

«Estas palabras contentaron al Rey, y agradeciéndole el consejo, mandó que cesassen las fiestas, y que los sacrificios no pasassen adelante. Embió a quatro principales Cavalleros al aposento de los Castellanos por quatro de los Cavalleros Mexicanos para informarse, y aviendo los Castellanos escogido para ello los que tenían por de mejor entendimiento, les dijeron que advertiessen que el Rey los quería sacrificar a todos y que para remediar este peligro era necesario, quando algo les preguntasse, que le dijessen la manera de pelear de los Castellanos y le diessen a entender cuáles eran sus armas el efecto, de las escopetas y ballestas, la furia y braveza de los caba-

llos, el ánimo y corage de los hombres; que vna pieza de artilleria de una vez matava cien Indios, y el gran destrozo que los perros hacían en los Indios enemigos de los Christianos, y que eran de tal calidad, que no se cansavan en la guerra, pasándose sin comer ni beber dos y tres días, y que los hombres sabían no dormir quando era menester, y que como en las cosas de la guerra eran tan venturosos jamas eran vencidos, y que asolavan con fuego y sangre a sus enemigos, pero que cuando pedían perdón y paz la daban y la guardavan no menos que si fuesen como ellos. Y que su Rey cada día les proveía de armas y nueva gente, para que ningún Rey ni Señor, por poderoso que fuesse, ni muchos juntos, se atreviesen a ofenderlos, y pues eran testigos de vista, le persuadiessen que procurasse el amistad de Hernando Cortés si quería conservar su Reyno y ampliarle en lo ageno, y que no hiciesse cosa de que despues se arrepintiese; y que si todavía viessen que tenía mal propósito, le dijessen que solos los quatro Cavalleros eran bastantes para matar a todos quantos los guardavan, aliende de que su Capitan iria luego y le mataria, y destruiria su Reyno. Y que fuesen con Dios y hablassen con gran ánimo y no tuviessen pena, que allí quedavan ellos que morirían por ayudarles, sin faltarles en ninguna cosa como se los avia mandado Cortés.

«Fueron los quatro Señores Mexicanos con los que avian ido por ellos a presencia del Rey, al qual, segun su modo, como a los Dioses hicieron reverencia, y llamados los intérpretes, delante de algunos de su Consejo y de aquel prudente Governador, preguntó muchas cosas, a las quales respondieron tan bien y con tanto esfuerzo, como si Cortés con todo su ejército estuviera a las puertas de la Ciudad. Mucho se espantó el Rey y aquellos Señores de lo que los Mexicanos dijeron, y creyeronlo todo porque ya de mucha parte de ello tenía relacion: mandó el Rey tratar bien a aquellos Indios porque le dijeron que eran Cavalleros; díjoles lo mucho que se avia holgado de hablar con ellos, y de estar cierto de lo que antes estava dudoso, y que se estuviessen en su Palacio hasta que él mandasse que fuesen con los Christianos. En el

entretanto, los Castellanos, aviendo pasado dia y medio que los Mexicanos no bolvian, estaban temerosos de que los huviessen muerto y muy determinados de vengar su muerte, de tal suerte, que el Rey y los suyos quando se desengañassen que no eran inmortales entendiessen qué caro les costava ofenderles.

«No tardaron en presentarse los quatro Señores muy alegres, y ellos, no menos contentos, les preguntaron lo que avia pasado. Tres horas despues fue el Rey acompañado de quarenta ó cinquenta Señores, y por pages diez ó doce mancebos muy bien dispuestos, y en seguimiento suyo mas de veinte mil hombres, todos con arcos y flechos y engalanados, gritando como gente vencedora. Bien pensaron los Castellanos que por ceremonia ivan de aquella manera para matarlos y sacrificarlos a sus ídolos, apercibiéndose disimuladamente: y uno de ellos tuvo de traer vn perro muy bravo, cebado en Indios, con el propósito, si los acometian, de soltarlo. Entró el Rey por el patio hacia donde ellos estaban con muy buen semblante: llevaba su arco en la mano, engastadas en él muchas esmeraldas, y a las espaldas vn aljava de oro, quajada de pedreria, que con el Sol, el arco y aljava relumbravan mucho: iba en medio solo, y algo apartados de él, y por los lados y espaldas, ivan los Cavalleros mas privados. Los Castellanos le recibieron hasta la raya é hiciéronle grande acatamiento con rostros alegres; entonces, apartándose a vn lado, mandó apercibir gran cantidad de venados, conejos, codornices y otras muchas aves de caza, muertas y vivas, que pusieron a los Castellanos en gran admiracion, porque era la monteria y caza mejor que avian visto. Estando todavia el Rey en pie, llamando a los intérpretes y mirando a los Castellanos, les hizo un razonamiento. Otros dicen que por grandeza mandó llamar a su Capitan General, y que el Capitan lo declaró al intérprete, y esto es lo mas cierto.

«Lo que contenia el razonamiento era: Pedir perdon a los Castellanos por averles detenido tantos dias, y que la causa avia sido aver estado aquel tiempo ocupado en las fiestas y sacrificios de sus Dioses, que cada año acostumbrava hacer en aquel mismo mes; y que en lo que to-

caba a pasar ellos mas adelante, a ver la tierra de Cihuatlan, que no lo consentiria, porque si algo les sucediese en que fuessen eridos ó muertos, no queria ser la causa, sino embiarlos tan sanos y tan buenos a su Capitan como avian ido; a lo qual les rogava le dijessen que era muy aficionado a su valentia, y que deseava servir en todo y ser vasallo del Rey de Castilla, que tan poderoso era; pues embiava a tal Capitan y a tales hombres que mas parecian Dioses, pues que siendo tan pocos, segun avia oido, en tan poco tiempo avian sujetado a el Imperio Mexicano, que tantos Reynos y Provincias tenia. Y que porque era costumbre de los Reyes sus antepasados no embiar vacios a los Mensageros que los venian a visitar, que otro dia por la mañana los despacharia con dones para ellos y vno preferente para el Capitan Cortés, al qual besava las manos y suplicava recibiese lo que embiaria mas por Prenda y Señal de Amistad, que por el valor, porque todo su Reyno era poco, para quien tanto merecía, y que lo mas presto que pudiesse, iría a darle la obediencia, y en el entretanto queria embiar con ellos ciertos señores. Hecha esta platica, les dió toda la caza y les dijo, que a su voluntad la repartiessen. No se puede decir el contento, que los Castellanos recibieron, por que quando pensavan morir berse libres, y tan regalados, les parecia sueño. Y assi les respondieron avnque no con muchas palabras. Que besavan los piés a su Alteza, y que en todo avia mostrado quien era, de lo qual harian Relacion á su Capitan y que de ello serian buenos testigos los señores, que con ellos embiasse quando bolviessen con la respuesta de la embajada. Fuesse el Rey, mandó que les diessen de comer, llevaron tanto, que avia para quatrocientos Hombres; embióles a decir, que holgassen porque sin duda otro dia los despacharia sin mas dilacion, y que él quedava escojiendo los Caballeros de su Reino que con ellos avian de ir, los quales llevarian el pescado de comida que para todos era necesario, hasta llegar a Mexico, y que tambien embiaria Cazadores, que los fuessen cntreteniendo.

«Parecieron otro dia muchos Caballeros, con veinte Indios cargados de Ropa, de la muy estimada y veinte

asientos de madera por maravilla bien labrados, y cinco cargas de calzado, que ellos vsan, de muy lindo cuero de Venado blanco, y amarillo y colorado; y cincuenta marcos de joyas de plata, y oro bajo; y descargados en el patio, todo lo pusieron sobre muchas Esteras, que los Indios llamaban Petates, muy ricas, y delgadas, y muchas mantas blancas y ricas, sobre las quales pusieron en medio del Patio, tanta cantidad de piezas de plata y oro bajo, y fino, que valdrian cien mil Castellanos. [1] Llegó el Rey y por medio de su Capitan General, y este por otro Privado, y el Privado por el Interprete, dijo a los Castellanos: Que la ropa y joyas, que estaban descargadas en los quatro Angulos del Patio, el Gran Señor les hizo merced de ella, y que la estava en medio del Patio, la diessen a Cortés su Capitan, y le dijessen, que le suplicava que tuviesse mas cuenta con la voluntad y amor del que embiava aquel presente, que lo poco que valia; y que como tenia prometido quando mas lugar tuviesse, iria en persona a besarle las manos. Dichas estas palabras, se apartó con ocho Señores, de los que allí estaban, y les ordenó que fuesen a visitar aquel Gran Capitan de los Christianos, y los entregó a los quatro Castellanos, y a los Mexicanos a los quales mandó decir: Que aunque sabia, que tenian tan buen corazon que no era menester encomendarles aquellos ocho Señores, que eran de los mas queridos, y favorecidos de su casa, que todavia, por lo que él devia a su persona, y a lo que a aquellos Caballeros queria, les encargaba mucho los tratasen muy bien, y que despues que huviessen llegado donde su Capitan estava, le suplicava mucho de su parte, se los tornasse a embiar, sin hacerles mal ninguno, sino que quando ellos se quisiessen bolver, lo pudiessen libremente hacer, y que desde aquella hora quedava por su amigo, y vasallo del Rey de Castilla; y que bueltos que fuesen aquellos Mensageros él mismo, como tantas veces avia dicho, queria hacer aquella jornada.

«A esto con mucho comedimiento, y reuerencia (por que aun no vian lo que irian segun avian estado ate-

(1) 35,156\$ 2 reales. (El autor.)

morizados los quatro Castellanos,) con muestra de alegria, respondieron. «Que no eran tan malos, que aviendo recibido tantas mercedes en su casa, y al postre averles dado tantas, y tan buenas Joyas, no mirassen por aquellos Señores, como estaban obligados, como si fueran sus Hermanos: y que llegados, que fuesen donde su Capitan estava, verian el buen tratamiento que les haria, y las cosas que les daria por que no sabia recibir, sin luego gratificar y que bueltos que fuesen á su Casa Real, le dirian con verdad aver ellos en este prometimiento quedado cortos, y su Alteza holgaria de auerlos embiado; y se arrepentiria de no aver ido luego.» El Calzonzin, delante de los Castellanos, dijo pocas y muy graves palabras al despedirse de aquellos Señores, que en suma fueron: «Mi Autoridad, y credito llevais para visitar á este Hijo del Sol, hacerlo heis, con mucha cordura, dándole a entender, lo que otras veces os he dicho, que le soy Servidor y Amigo y que assi me allará, quando menester sea, y mirareis bien en su Persona y tratamiento para que a la buelta me deis cuenta.» Mandó tambien ir ochocientos Hombres para que llevassen las cargas y la comida, los quales conforme á su vso en cargandose salieron de la Casa Real vno detras de otro, y por aquellos llanos hacían vn hilo tan largo, que no se acabava de divisar.»

